

¿Enseñar o aprender a innovar? Disonancias entre el qué y el cómo.

Tíscar Lara

Comentario al texto de Cristóbal Cobo. **¿De qué hablamos cuando nos referimos a "competencias para la innovación"?**

En el contexto socioeconómico en el que vivimos, preguntas como para qué formarse, qué aprender, cómo hacerlo y quién debe acreditar esa experiencia necesitan de respuestas ágiles, flexibles y abiertas, a la altura de una sociedad tan incierta como dinámica que está asistiendo al desmoronamiento de los pilares sobre los que ha sostenido su modelo de educación formal. Las formas de enseñar, pero lo que es más importante, las formas de aprender y acreditar lo aprendido, requieren de nuevos valores y metodologías para formar a los profesionales en el compromiso de crear riqueza en modelos social y medioambientalmente sostenibles. (Lara y González, 2011).

En este sentido, las instituciones escolares, pero más aún la Universidad por su carácter fronterizo con el mundo profesional, tienen una gran oportunidad para revisar sus estructuras, metodologías y contenidos con el objetivo de dar respuesta a la necesidad de una sociedad más innovadora.

El texto de Cristóbal Cobo hace una revisión de las competencias y destrezas que son fundamentales para la innovación, identificada ésta globalmente como motor socioeconómico en el siglo XXI, y realiza un recorrido sobre los factores que pueden frenar o acelerar su incorporación por el sistema educativo formal.

A través de los diversos elementos se destacan las disonancias actuales entre lo que se enseña, cómo se enseña y certifica en la educación formal, por un lado, y los aprendizajes que se necesitan y valoran desde el terreno profesional, por otro.

Qué se enseña Vs. Qué se aprende

En una sociedad en red, donde los contenidos son abiertos y accesibles, el reto no está en "saber" como sinónimo de acumular, sino en conectar y relacionar esos saberes con otras personas de forma creativa y productiva. Es por ello crítico fomentar el aprendizaje de habilidades frente a contenidos tanto como prácticas frente a teorías, así como entrenar en estrategias para la autonomía y el conocimiento inductivo como formas de asegurar una correcta disposición al aprendizaje permanente a lo largo de la vida.

Dentro del qué se enseña, en el sistema educativo se echa en falta por ejemplo las mal llamadas "soft" skills, como es el trabajo en equipo y la capacidad de colaboración en red que tradicionalmente se han considerado como "menores" frente a materias más "disciplinares" (matemáticas, ciencias, lengua, etc.), pero que son paradójicamente cada vez más reclamadas por la sociedad productiva como factores determinantes de éxito en la innovación. Son habilidades que normalmente se aprenden de manera informal y espontánea fuera de los ámbitos escolares, pero que necesitarían de un mayor peso específico en lo curricular para alinearse de forma coherente con las competencias innovadoras que se identifican como críticas en el campo profesional.

Dónde se enseña Vs. Dónde se aprende

No cabe duda de que las metodologías que se reclaman en los espacios profesionales poco se parecen a las fórmulas de enseñanza y evaluación de la escuela o universidad. No hay más que entrar en un aula para contrastar que la institución escolar es una de las organizaciones sociales más conservadoras y con mayor resistencia al cambio en la modificación de su propia configuración. Si bien parece indiscutible que llevamos décadas inmersos en la transformación hacia una sociedad de la información, la escuela sigue organizada para responder a las demandas de una sociedad industrial: pupitres alineados mirando al frente y profesor dirigiendo la clase. Un sistema, sin duda, muy eficiente para cumplir con su objetivo principal: la acumulación de conocimientos y, por tanto, basada en un método centrado en la transmisión de los mismos. En otras palabras, es un sistema pensado para la enseñanza pero no para el aprendizaje. Una fórmula útil para el pasado, pero dista mucho de ser la óptima para las demandas de hoy y de mañana.

Su distribución espacial, su estructura disciplinar por materias verticales, su secuenciación lineal en unidades homogéneas de tiempo, su distribución curricular, etc. hacen que la escuela se asemeje a una fábrica y muy poco a la visualización del garage informal y multidisciplinar como metáfora de la innovación en el siglo XXI.



Fuente de la imagen: Una escuela holandesa de 1946 ([Flickr](#)).

Cómo se enseña Vs. Cómo se aprende

La sociedad de la información está vertebrada por el impacto de las TIC en los últimos años. La escuela, por su parte, habla de la importancia de "integrarlas" dentro del aula, pero esa conceptualización puede conducirnos a un enfoque erróneo de su papel como agente de innovación. Más que integrar las TIC en el aula, deberíamos hablar de cómo precisamente las TIC sirven de acicate y vehículo para expandir el aula, para abrirla y conectarla con el mundo profesional, con su entorno más próximo, con su comunidad y con su contexto. Las TIC son, por tanto, en línea con las necesidades identificadas por Cobo, uno de los medios más interesantes para ensanchar lo formal y generar oportunidades de aprendizaje más allá de sus límites espacio-temporales. De esta forma, se permite incorporar la riqueza que lo no formal, informal e incluso invisible aporta en términos de experimentación y aplicabilidad. Pero las TIC son más que un medio, en realidad representan la punta del iceberg de una cultura digital que nace y crece en la red, una cultura que fomenta habilidades críticas para la sociedad innovadora como son la apertura, la transparencia, la colaboración, la trazabilidad y la horizontabilidad. Aprender con TICs en el aula y fuera de ella significa aprender sobre, en y para la práctica de esa cultura digital, creativa e innovadora. Ver las TIC de una manera reduccionista como simples herramientas supone una conceptualización demasiado estrecha que puede llevar a la propia reproducción y perversión del sistema sin que intervenga innovación posible, desplegando estrategias de resistencia al cambio como supone el "Cambiar para que nada cambie" que refleja de forma divertida la siguiente viñeta:



Fuente de la imagen: Viñeta "Educative Innovéision" del [profesor Potachov](#).

Cómo se certifica lo enseñado Vs. Cómo se valora lo aprendido

Enseñamos a memorizar en el aula, pero lo que demandamos en el trabajo es creatividad. Con ello caemos en la contradicción entre método, resultado y aplicación. Entonces, ¿cómo motivar la innovación si no se practica? ¿cómo apreciarla si no se mide? Los métodos de evaluación, y su correspondiente certificación, van siempre de la mano y, más aún, condicionan la propia metodología del sistema educativo: el qué, cómo, para quién y para qué se enseña/aprende. Resulta incontestable que seguir evaluando de forma individual y disciplinar lo aprendido está lejos de lo que se requiere de un profesional del siglo XXI: ser capaz de aplicar conocimientos a problemas complejos, trabajar en equipo, ofrecer soluciones innovadoras y construir preguntas nuevas. Todas ellas, habilidades hasta ahora despreciadas por "soft" pero fundamentales, como hemos visto, para la competitividad y el crecimiento sostenible.

En el campo profesional, los logros no se miden encargando a una persona un proyecto de manera individual e impidiéndole la consulta de información a modo de examen. Al contrario, se miden los resultados, el éxito de la propia solución aplicada, a través del trabajo colaborativo y la correcta movilización de todos los recursos a su alcance. Entonces, ¿por qué no medimos de esa forma también el aprendizaje en la escuela? Introducir este tipo de prácticas y evaluaciones acercaría el sistema educativo a las necesidades profesionales y daría preeminencia a las habilidades interpersonales.

No cabe duda de que las competencias de la innovación, tal y como las define Cobo, no están integradas en los sistemas educativos formales. Conviene, no obstante, señalar que la innovación, sin embargo, no es una materia más que se pueda encajar dentro del ciclo fordista del sistema. No es una asignatura más. Es una forma de comprender los retos del ciudadano del siglo XXI y de orientar toda la configuración de la educación hacia ese objetivo: su metodología, su distribución espacial, su estructura curricular, su expansión en contextos no formales a través de las TIC, etc. En otras palabras, aprender a innovar innovando. Aprender a pensar de forma creativa, incorporando la creatividad como herramienta de pensamiento. Y, por último, aprender a trabajar de forma colaborativa trabajando en equipo y evaluando los resultados de forma colectiva.

Es ilusorio pensar que las necesidades del mercado de trabajo, e incluso las procedentes del ansia de conocimiento de cualquier ciudadano, vayan a poder establecerse y satisfacerse desde los intereses y visión de aquellos que construyen la oferta formativa institucional. Serán las demandas de la sociedad y del mercado de trabajo las que irán configurando las exigencias a las que debe someterse este aprendizaje, eso sí, en un continuo diálogo con los proyectos profesionales y ambiciones de cada persona. Solo las instituciones capaces de escuchar al mercado y a las personas, de adaptarse y evolucionar, tendrán su nicho y su función asegurada (Lara y González, 2011).

Aprender en la incertidumbre. Nuevos valores y métodos para formar a los profesionales. Autores: Alfonso González y Tíscar Lara. Monográfico sobre Escuelas de Negocio de la Revista de Economía Industrial del Ministerio de Industria, Turismo y Comercio. 2011.